

## TÚ A DENIA Y YO A CULLERA

Escrito por: A. Jones

Son las seis y media de la mañana y suena el despertador en casa de Nuria. Como cada día que tiene turno de mañana, se prepara café y un par de tostadas con mantequilla y mermelada. La rutina de todos los días antes de ir a trabajar al Centro de Atención Primaria en Denia. Nuria es enfermera. Hoy se ha levantado un poco cansada, anoche no durmió muy bien por culpa de unos dolores en su brazo derecho, posiblemente porque ayer forzó más de la cuenta en la cancha de baloncesto. El equipo tiene a su alcance la clasificación para la “final four” del campeonato provincial y aunque el año pasado estuvieron cerca, este año van a por todas. Las chicas entrenan duro, van segundas en la tabla y los partidos que les quedan en teoría son fáciles, así que, si todo va como debiera, la clasificación es pan comido.

Lo peor de tener molestias musculares, es que todo se te hace más tedioso y cuesta arriba: coger ese tarro en la última balda de la estantería, agacharte para atarte los zapatos, etc.... Incluso estirar los brazos a través de las ajustadas mangas de tu jersey favorito, ese rosa palo que te sienta tan bien, se convierte en una auténtica odisea llegar con la mano hasta el final de ese túnel textil. Pero Nuria no les da mayor importancia a esos por menores, se ilusiona pensando que este año puede ser “el gran año” y sonrío. Su sonrisa es su mejor compañera aparte de Tino, su perro. Ese pequeño destructor de bolsas de basura que apareció un día, llorando debajo de un contenedor, y que pasó de ser un deshecho orgánico para algunos, a ser el mejor abono para el corazón de Nuria. Dicen que una sonrisa lo cura todo, y aunque esto no está científicamente demostrado, tampoco creo que sea necesario.

Pero volvamos con Nuria, ya está lista para enfrentarse a un nuevo día. El sol luce egocéntricamente en el cielo porque hoy las nubes han decidido tomarse la jornada de asuntos propios y se han ido con viento fresco a otra parte. El ascensor de su bloque de siete plantas ha estado dando problemas esta semana, pero ella ha tenido suerte y no se ha visto afectada, – ¡menos mal! – se dice para sí misma mientras leía la nota informativa en su interior. Baja la rampa de acceso para personas con movilidad reducida de su edificio y por un instante piensa en Fernando, el portero del edificio que aún no ha llegado a la portería. El héroe sin capa que en más de una ocasión se ha prestado voluntario para socorrerla cuando esa antigualla de transportador de personas decidía rebelarse sin motivo aparente contra sus vecinos. Rebelde sin causa, le llama Fernando.

Al doblar la esquina de su calle, Nuria se cruza con Daniel y Tara, ambos van al Conservatorio Profesional de Música de Cullera. Él sonrío y Tara saluda moviendo la cola.

–Ella te ha oído antes de llegar a la esquina, –dijo Daniel –y yo te he oído casi al mismo tiempo. –añadió.

–Siempre se me olvida que tenéis superpoderes, –bromeó Nuria.

–Bueno, también puedo oír como cuchichea mi vecina cuando habla con su hermana de lo harta que está de su marido y, aunque no soy un chismoso, el oído busca siempre al sonido. Pero si te digo la verdad, me parece más divertido cuando decide captar lo bien que se lo pasan mis otras vecinas, Gema y Martina, a ciertas horas de la madrugada. Él es más cotilla que yo.

–Recuerda Daniel que un superpoder conlleva una gran responsabilidad. –puntualiza Nuria.

–¡Jajaja! No me regañes, pero si tú lo dices, será verdad. –resolvió.

Daniel es un músico profesional, de pequeño siempre mostró grandes dotes para ese arte probando con varios instrumentos antes de decantarse en cuerpo y alma por el chelo. Ha pasado por la Orquesta Sinfónica de Valencia y consiguió una beca de un año en el extranjero para la prestigiosa Orquesta Filarmónica Checa. Ese año en Praga, tuvo su primera experiencia de madurez. Como se suele decir, voló del nido. Aprendió a desenvolverse solo en una ciudad, un idioma y unas personas totalmente diferentes a su pueblo natal. Algunos conocidos y amigos le preguntaban por su experiencia y él les contestaba que salvando lógicamente las primeras semanas de adaptación y por supuesto el idioma, no había mucha diferencia a la vida que llevaba en Gandía. Al final, el ser humano es el más adaptable de todos los seres vivos que pueblan el planeta Tierra. A la que si echó mucho de menos fue a Tara. Lamentablemente, en la residencia de estudiantes donde vivía, no dejaban tener mascotas aun sabiendo que Tara no era un animal de compañía, sino un perro guía que cumplía una función vital para su compañero de andanzas. Por más que se lo explicaron a los responsables, estos no dieron su brazo a torcer y ese fue el motivo por el cual Daniel no amplió su estancia en Praga.

–Oye Nuria, me ha dicho un pajarito que te van a convocar para la selección española de baloncesto. ¿Qué tienes que comentar al respecto? Te lo tenías bien calladito, ¿eh?; si no fuera por tu tía Felisa, sales en el Marca y ni me entero.

– Bueno, no es seguro todavía y no me quiero obsesionar con ello. Ya sabes que las lesiones no me respetan últimamente. De hecho, estoy un poco fastidiada del brazo derecho.

– Pues cuídate porque es una gran oportunidad. Has trabajado mucho durante estos años y te lo mereces.

– Gracias, pero como yo hay muchas y mejores. No es ningún mérito.

– ¿Y tú qué? ¿Qué tal va esa colaboración con esa famosa, secreta y misteriosa cantante lírica de la cual no puedes decirme nada porque si no tendrías que matarme? –ironizó Nuria.

– ¡Qué dramática y peliculera eres!

– ¿Yo? ¿Y tú? Te gusta vivir más en una novela de suspense que a Agatha Christie.

– ¡Cómo te pasas tía! –exclamó Daniel.

– Pues ahí vamos, poco a poco. –prosiguió él. – Ella tiene muchos compromisos profesionales en este momento y la verdad es que es difícil que le cuadre la agenda. Me ha cancelado varios ensayos en el último mes, así que le he dicho que se lo tome con tranquilidad y cuando tenga que surgir, surgirá. Las cosas deben fluir por sí mismas.

Daniel sospecha que ese asunto nunca llegará a cuajar. Siempre tiene ese resquemor de que muchos artistas se acercan a él por la popularidad que obtuvo en ese concurso de talentos que emitieron hace un par de años en televisión. Lanzan en medios y redes una noticia de posible colaboración, el otro artista gana algo más de atención, y a renglón seguido promocionan dos o tres nuevas actuaciones de dicho artista. Pero el proyecto inicialmente propuesto se diluye en el tiempo y termina esfumándose. Por eso Daniel se ha vuelto muy cauteloso y hasta escéptico cuando le proponen proyectos de este estilo. No puede evitar sentirse utilizado.

Mientras conversan, siguen caminando hacia la estación de autobuses, pero de repente el sonido brusco de un coche que frena en seco les sobresalta. Quedan petrificados. Por unos minutos continúan andando sin decir nada. Un frío silencio se apodera de ellos como el fuerte frenazo de aquel coche y no pueden evitar recordar aquella fatídica mañana de un jueves 3 de febrero de 2011. Ese día Daniel recogió a Nuria en su casa para ir juntos a Valencia a hacer unas gestiones en el conservatorio. Les encantaba acompañarse mutuamente para “rellenar papelitos” como a ellos les gustaba decir. Cuando Nuria quiso coger su coche, tenía una rueda pinchada y como llegaban un poco justos de tiempo, llamó a Daniel para que se pasara a recogerla. A partir de ahí, todo lo que pasó con aquel camión que adelantó a otro en un cambio de rasante en la carretera dirección a Valencia kilómetro treinta y dos, es agua pasada. De nada sirve recordar que Nuria tuvo lesiones graves en la columna vertebral que le impidieron volver a ser la base más rápida de toda la provincia y que Daniel reventara con la cara el parabrisas de su coche llevándole a empezar desde cero su relación con su mejor compañero hasta esa fecha, el chelo. De nada sirve echarle las culpas a un conductor imprudente, un airbag que no funcionó correctamente y de nada sirve lamentarse por lo que pudieron ser y no fueron. Días oscuros vinieron y muchos obstáculos que superar, pero si algo nos enseña la vida es que donde hay un final, aparece un comienzo. Cada uno de ellos y sus seres queridos más cercanos sufrieron a su forma: sentimientos encontrados, frustraciones, depresiones, tiradas de toallas y todo lo negativo que puedan acarrear estas situaciones. No fue plato de buen gusto para nadie y no todas las personas que pasan por esta serie de traumas llegan a superarlos, pero como dicen, la

vida continúa con dos claras opciones: lamerte las heridas como un animal y seguir adelante, o rendirte y convertirte en un vegetal hasta que te marchites y te mueras. Estas últimas palabras son de Joaquín, un motorista valenciano que conoció a Nuria cuando iban a rehabilitación. Este chico perdió su brazo y pierna izquierdos víctima de los “*guillotinos*” guardarraíles mal llamados quitamiedos tan populares en las carreteras españolas.

–Es cuestión de cómo quieras enfrentarte a las cosas, con días altos y días bajos. –comentaba con Nuria durante sus largas charlas en rehabilitación.

Joaquín, lejos de ser el típico charlatán y cantamañanas de libro de autoayuda barato, era un chico sensato que a los treinta y cuatro años la vida le había puesto en su lugar; y a veces, por esos golpes que te asesta, entiendes y asumes que ese es tu sitio y no el que creías ocupar anteriormente. Entonces, todas las demás especulaciones y quimeras que podías haber llegado a creerte se deshacen como una espesa niebla al amanecer, dando lugar a la clara y resplandeciente vida. Tómala o déjala, sin vacilar, sin más.

Estaban ya cerca nuestros amigos de la estación de autobuses, y tras esa breve pero reflexiva pausa, retomaron de nuevo su amena conversación.

– El fin de semana próximo viene mi primo Javier. –dijo Nuria.

– ¿El de Málaga? –preguntó Daniel.

– El mismo. –confirmó Nuria.

– Viene a pasar unos días. Me llamó hace un mes para preguntarme si podía venir. Tenía unos días libres y como hacía más de seis meses que no nos veíamos, le pareció buena idea pasarse por aquí para ver a la familia.

– ¿Sigue estando tan bueno como siempre? –preguntó Daniel con cierta picardía.

– ¡Daniel córtate un poco que es mi primo! –replicó Nuria poniendo a Daniel en su sitio.

– Chica perdona, pero esa voz que tiene de locutor de radio y esas manos grandes y robustas, hacen que me ruborice sólo con acordarme de ellas.

– Eres lo peor, Daniel. –sentenció con resignación Nuria.

Javier es fisioterapeuta, psicólogo y en sus ratos libres entrenador de baloncesto en un equipo juvenil de Mijas. Jugó un papel importante en la recuperación de Nuria tanto a nivel físico como emocional. Siempre estuvieron muy unidos desde pequeños pasando vacaciones juntos entre Mijas y Gandía. Cuando ocurrió el accidente de Nuria y Daniel, pidió una excedencia en su trabajo y se desplazó a Valencia donde pasó un año junto a su prima. Lo hizo no sólo porque eran familia, sino porque como profesional podía aportar algo más que buenas palabras y gestos de consolación. Javier es de los que cree que los lazos afectivos ayudan a

pasar estos traumas, pero también cree que cuando las buenas palabras no van acompañadas de actos calibrados al mismo nivel de bondad, esas mismas palabras no valen nada.

Daniel no tuvo tanta suerte al principio y estuvo sumergido en el lado oscuro mucho más tiempo. Necesitó más la ayuda psicológica. La depresión se apoderó de él y le agarró con fuerza. Se quiso aislar, sufrió la pena en su interior mucho tiempo, no buscó ni pidió ayuda a nadie hasta que tocó fondo. Un día apareció en la bañera de su casa con las muñecas abiertas en canal. Milagrosamente su padre lo encontró a tiempo porque andaba con la mosca detrás de la oreja después de que hubiera pasado unos días muy malos. Fue ahí cuando apareció Javier. Los padres de Nuria se lo recomendaron a los de Daniel, y se tomó tan en serio la recuperación de éste que casi se queda a vivir en Gandía. Daniel no quiso saber nada más de su chelo, rompió el que tenía y todos los días se juraba así mismo y se volvía a jurar que nunca más tocaría de nuevo. Afortunadamente no fue así y todo quedó en un capítulo negro que no se olvida ni debe olvidarse. Ese es el abismo al que todos no podemos asomar cualquier día, en cualquier momento y en cualquier lugar. Es bueno que los que ya se asomaron alguna vez, lo tengan bien señalado con unas buenas balizas de peligro por si hay una próxima vez.

– Bueno Daniel, ya hemos llegado. La estación de autobuses. –dijo Nuria parando su marcha.

– Perfecto. ¿Desde qué andén sale mi autobús? Lo suelen decir por megafonía cinco minutos antes, pero si me lo confirmas tú, me ubico mejor. –preguntó Daniel.

– Es el siete, como casi siempre. –confirmó Nuria.

– Pues nada, muchas gracias por acompañarme. Se me hace muy ameno el paseo contigo. –se despide Daniel amablemente.

– De nada, el placer es mío. Ya lo sabes. –sonríe Nuria mientras se dispone a marcharse a su andén.

– Tú a Denia... –inicia Daniel sonriendo – ...y tú a Cullera... –termina Nuria igualmente.

Todas las experiencias en la vida tienen su historia, sus personajes, sus situaciones y sus acontecimientos que las hacen caminar por unos derroteros a veces afables, a veces incómodos. Pero todo ese juicio queda a expensas del ojo de quien las observa, como el un operador de cámara grabando un plano dorsal. La realidad es bien distinta y nunca superará la ficción. Los personajes de este relato no son ficciones, son personas de carne y hueso como tú lector o lectora que estás leyendo estas líneas. Los vemos a diario a nuestro alrededor o son personas que forman parte de nuestras vidas. Pararse a pensar que simplemente no se les debe tratar desde un prisma de caridad o compasión, hace que sus vidas sean más dignas y justas; y de paso, hacen que las nuestras lleguen a ser más nobles.

**FIN.**